

EL IMPACTO DE LAS GUERRAS SOBRE EL MEDIO AMBIENTE

Hay una relación circular entre pobreza, deterioro del medio ambiente y guerra. Los vínculos entre estas cuestiones hacen imposible abordarlas de forma aislada. En ocasiones, la pobreza y el deterioro del medio ambiente lleva a una creciente competencia por la tierra o por recursos naturales cada vez más escasos, y la situación deriva en una guerra. A su vez, las guerras tienen siempre impactos medioambientales devastadores y agravan la pobreza y la exclusión. La guerra destruye tierras de cultivo y fuerza su abandono, deja territorios sembrados de minas y explosivos, donde no se puede cultivar, y contribuye al agotamiento de recursos naturales y a la pérdida de biodiversidad.

La mayor parte de los conflictos armados que tienen lugar en todo el mundo son guerras civiles, que se libran con armas ligeras entre múltiples grupos armados irregulares. Tienen lugar en estados frágiles, ubicados en la periferia del sistema internacional y condenados a una situación de exclusión y dependencia económica. El 90% de las víctimas son civiles. Con el final de la Guerra Fría, los bandos que disputan estos conflictos dejaron de recibir financiación internacional directa y se vieron obligados a financiar la guerra con recursos locales. Otros conflictos que surgieron en los años noventa ya nacieron con estas características.


En estos contextos de escasez, los recursos naturales del país se convierten en el objetivo de los contendientes. Puede tratarse de bienes legales, pero explotados y vendidos de manera ilegal (como diamantes en Sierra Leona, maderas tropicales en Liberia, oro o coltán en la República Democrática del Congo), o ilegales (como la coca en Colombia o el opio en Afganistán). Se trata de un expolio de los recursos que permite financiar y perpetuar la guerra. Estos productos, que alcanzan alto valor en los mercados de los países desarrollados, son explotados y vendidos sin control, intercambiados por armas, y permiten generar economías de guerra en las que numerosos actores obtienen cuantiosos beneficios. Las guerras, aunque intraestatales, tienen numerosas conexiones transnacionales, y requieren de la complicidad de actores que están fuera, ya sean otros estados, empresas multinacionales, traficantes de armas y drogas, etc.

Explotar los recursos en el marco de una guerra tiene la ventaja de que prácticas que nunca serían permitidas en tiempo de paz sí lo son en estas circunstancias. Por ejemplo, la utilización de esclavos. En el caso del medio ambiente, cualquier idea de sostenibilidad está absolutamente ausente. Grandes áreas protegidas en el este de la RDC están amenazadas o han sido destruidas por la presión de la guerra: primero

por la llegada masiva de refugiados, especialmente de Ruanda, que devastaron para subsistir el parque nacional de Virunga; ahora por la explotación descontrolada de oro, coltán y otros minerales presentes en la zona. Los efectos, como la contaminación de los ríos con mercurio y otros minerales, se dejan sentir más allá de las fronteras.

Otro ejemplo muy actual ilustra esta relación insoslayable entre la pobreza, el deterioro medioambiental y la guerra. En Darfur (Sudán) se combinaron la creciente presión sobre los ecosistemas por el avance de la desertificación, la incompetencia y abandono por parte del estado central, y la manipulación política. Poblaciones de agricultores sedentarios y de pastores nómadas, que siempre habían compartido la tierra, comenzaron a competir por ella, primero de forma larvada y ahora violentamente. La tierra es usada como arma de guerra: las poblaciones que huyen dejan atrás tierra quemada, para que no pueda ser usada por los recién llegados.

Ahora, 220.000 refugiados sudaneses están ubicados en campos de refugiados de Chad. Su llegada ha agudizado el conflicto local interno y ha generado desequilibrios sociales y desplazamientos de población (entre 60.000 y 70.000 personas). Pero además están ejerciendo una presión insostenible sobre un ecosistema muy débil y semidesértico. No hay suficientes tierras de cultivo, se agotan las fuentes de leña y el agua y los animales se mueren. Esto genera inseguridad alimentaria y dependencia de la ayuda internacional. Y sólo puede ser fuente de más conflictos.

Si los efectos del cambio climático no se frenan, y la sequía avanza en amplias zonas del mundo, todos estos factores se agudizarán: el hambre, los desplazamientos masivos de población, el desequilibrio y los conflictos. Es necesario regular el uso de los recursos, en el marco de las guerras y fuera de ellas. Son importantes las iniciativas para controlar, por ejemplo, el comercio de diamantes o la transparencia en las ventas de petróleo, y garantizar que no contribuyen a financiar conflictos, pero también lo es reducir algunas de las principales causas del calentamiento global como el consumo de combustibles fósiles y la pérdida de biodiversidad. E impedir el comercio de armas a zonas que están en conflicto o son muy inestables. Estas son las grandes amenazas del futuro y no pueden abordarse por separado. De lo contrario, el día de mañana será aún más conflictivo. 

Mabel González Bustelo
Responsable de Desarme de Greenpeace